JUAN IGNACIO IZQUIERDO

Todos los caminos conducen a Claudia

didaskalosliteratura

15

PREMIO DIDASKALOS DE NOVELA 2024

didaskalosliteratura

JUAN IGNACIO IZQUIERDO HÜBNER

TODOS LOS CAMINOS CONDUCEN A CLAUDIA

didaskalos

Imagen de cubierta: Happy businessman pointing on something in cafe

Primera edición: septiembre 2024

© Autor: Juan Ignacio Izquierdo Hübner

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-21801-2024
ISBN: 978-84-19431-48-6

Maquetación: Juan Carlos Adame

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

Introducción 9

Primera parte

"Amor tussisque non celatur". Proverbio medieval.

Capítulo 1. Como la Nutella sin abrir.
(Piazza San Pietro)..... 13

Capítulo 2. El adoquín.
(Piazza San Pietro)..... 19

Capítulo 3. La primera cita.
(Piazza Navona)..... 29

Capítulo 4. ¿Y si se enamora de un milanés?
(Via del Corso) 45

Capítulo 5. Cuidado con los mosquitos.
(Biblioteca Angelica)..... 51

Capítulo 6. El accidente.
(Il Tevere)..... 59

Segunda parte

Si vis amari ama (si quieres que te amen, ama).
Séneca, Cartas, 9, 6.

Capítulo 7. Silencios peligrosos.
(Giardino degli aranci)..... 75

Capítulo 8. ¡Salta!
(Via Margutta)..... 83

Capítulo 9. Claudia.
(Piazza Spagna) 89

Págs.

Capítulo 10. Toca pasar vergüenza.
(Trastevere)..... 97

Capítulo 11. El plan.
(Gelateria La Romana)..... 107

Capítulo 12. El desastre.
(Piazza del Popolo)..... 115

Capítulo 13. El papel del novio.
(Abadía San Giovanni in Venere)..... 125

Tercera parte.
(Epílogo)

Ama et quid vis fac (ama y haz lo que quieras).
San Agustín, *Homilías sobre la primera carta de San Juan a los Partos. Homilía séptima*, nº 8.

Capítulo 14. Romina.
(Roseto degli Abruzzi)..... 131

Apéndice

Capítulo 15. Cruce de cables.
(Roseto degli Abruzzi)..... 139

Agradecimientos..... 151

Por mis papás, especialmente por mi papá y mi mamá.

Introducción

Roma, ¡qué ciudad!, por dos años me acogió. Caminando por allí, entre los paisajes misteriosos y distraídos de la Urbe, medité sobre la cultura renacentista, los cristianos perseguidos y sobre la prohibición de añadir pedacitos de piña a la pizza. Con este librito quiero expresar, de un modo personal, caprichoso y prosaico, mi agradecimiento. Aunque mi mérito es escaso: no hice más que traducir y ordenar los relatos que me confiaron unos buenos amigos en momentos de intimidad.

El modo en que tuve acceso a estos sucesos es inverosímil, acaso ficticio. Conocí a Matteo y Claudia por casualidad en el día de su matrimonio. Yo estaba de turismo y ellos de nerviosismo. Más adelante nos volvimos a encontrar y entonces se sucedieron los cafés, los paseos y la amistad.

Matteo y Claudia siempre han llenado diarios de vida. Después de mucho preguntar, en una tarde de diciembre me conta-

ron la historia de su noviazgo a partir de esos cuadernos. Fue tanto lo que nos reímos que me ofrecí a trasvasar esos recuerdos en un librito, sobre todo pensando en sus parientes y amigos chilenos. Así nació esta pequeña obra.

En esta breve historia, querido lector, tendrás una que otra dificultad para comprender la personalidad de Matteo, un romano atípico. Quizá te costará no enamorarte de Claudia, ¡qué chilena más encantadora! (valga la redundancia). En cuanto a la familia Ciccione, no tengo idea de cómo vas a reaccionar…, sobre todo no te inquietes: prepárate un *caffè,* ponte cómodo en el sillón que tienes junto a la chimenea y podrás disfrutar mucho, muchísimo, al menos de ese *caffè*. También puedes leer este relato en el autobús matutino, o en el avión cuando viajes a Roma, si tienes más suerte; pero entonces te convendría recrear con la imaginación el *caffè*, el sillón y la chimenea, pues con estos alicientes podrás asomarte mejor al peculiar mundo de nuestro héroe.

Primera parte

"*Amor tussisque non celatur*". Proverbio medieval.

Capítulo 1.

Como la Nutella sin abrir.
(Piazza San Pietro)

Siento contra mi pecho el aguijón de la soledad; mi corazón está oscuro e inquieto como un tarro de Nutella sin abrir. Entre tanto ahorrar dinero y postergar los pellizcos del corazón, a veces sospecho que me ha faltado calcular mejor los años que me quedan. Estoy cansado de mirar la vida por la ventana, pero el ambiente, las dudas y las primeras canas disponen allá fuera, ¿cómo decirlo?, una escena de ficción que prefiero mirar de lejos y con *pop corn*.

¡Hace meses que cumplí los 32 años! Y a estas alturas, ejem, daría la mitad de mis ahorros con tal de encontrar a una buena *mulier*. ¿Será que soy muy indeciso?, no estoy seguro. En cualquier caso, ¿qué pretenden las mujeres?, ¿que uno sea perfecto?, ¡bah! Si conocieran mis méritos, lo dice siempre mi madre, otro gallo cantaría. Llegué a ser socio en el despacho de abogados,

valoro los clásicos de la literatura y creo en el deporte. Sí, creo en el deporte, pero no soy fanático: cuando vuelvo de la caminata semanal —de 15 o 20 minutos por el *Lungotevere*, a veces incluso más—, tengo el suficiente sentido de gratitud por los adelantos de la técnica como para aceptar los servicios del ascensor.

Algunos me dicen *cosas*. Que me estoy haciendo mayor, que mi presencia va perdiendo interés en el radar de las mujeres y otras tarjetas amarillas. Mis padres son los peores; en lugar de comprender, me presionan… Mi madre, por ejemplo, en la Nochebuena de ayer me regaló un reloj de pulsera digno de Marcello Mastroianni: ancho, plateado, hasta que descubrí la frasecita que llevaba escrita en la pantalla, en cursiva y con letras doradas: "*tempus fugit irreparabile*".

¿Quién podría ayudarme?

Y esto es nada comparado con las emboscadas de mi padre. Hace poco me pidió que lo acompañara a una *casa di riposo per anziani* en el Trastevere. Le dije que sí, luego me arrepentí dos o tres veces en el camino, pero él me empujaba con su florida elocuencia de político jubilado. Acabamos en una sala de estar que parecía la recepción del purgatorio: persianas entornadas, paredes descascarilladas y olor a café pasado que cosquilleaba la nariz.

Miré en derredor y calibré la presencia de una multitud de abuelitas que nos miraban con ojos tiernos hasta el chantaje. Estaban sentadas en sofás amarillentos de dos o tres cuerpos, tejiendo, sosteniendo una taza o viendo la televisión (que alguien, para mayor desolación, apagó). Entonces mi padre tuvo la ocurrencia de anunciarme con su tono de candidato en campaña: «¡Señoras… y señoras! Ejem. Les presento a mi hijo mayor. Es soltero». Murmullos varios, los ojos de las abuelas brillaron de

ilusión y los míos de vergüenza. Él pronunció unas palabras más y acabó asegurando que era un honor para nosotros venir a verlas. Así que, sin salir de mi aturdimiento, fui acercándome a cada viejita para saludar. Dejé que me tomaran la mano y que me dieran consejos: «Tengo una nieta que le quiero presentar…», propuso una. «Yo llevo 80 años sin novio y, ¿sabe?, estoy mejor soltera», aseguró otra. Y la más audaz, mientras me guiñaba un ojo: «Tal vez, usted y yo…». Un desastre.

Mi hermano Carlo también se prestó para el circo. Anoche, en el momento en que intercambiábamos los regalos en la sala de estar de mis padres, me vio con la guardia baja en la esquina del sofá y aprovechó para entregarme un regalo voluminoso y ligero. Mientras yo lo recibía ingenuamente entusiasmado, él se inclinaba para susurrarme al oído algo así como «más adelante te doy el *verdadero*…». Así que abrí el paquete con movimientos lentos y el ceño fruncido, como si pudiera tratarse de una bomba, y me encontré con un kit de baldes y palas infantiles para jugar en la playa. Me demoré en levantar la mirada, pues supuse que la inductora de esta bromita era mi madre y no iba a cometer el error de rozarme con sus ojos. Por algo decía Marco Aurelio que: "El arte de vivir se parece más a la lucha que a la danza".

Esta mañana, sin embargo, después de desayunar unas tostadas con mantequilla y huevos revueltos, relampagueó en mi interior un propósito esperanzador: «*Visitar el Belén de Piazza San Pietro*». No sé bien por qué, pero sentí la imperiosa necesidad de acudir a *Gesù Bambino*.

Comprobé en el móvil que me acompañarían pocos grados de temperatura, entré al armario y me concentré para acelerar

el proceso de decisión sobre cómo abrigarme. Opté por lo más liviano, mi parka marrón.

¡Gracias a Dios acerté en eso!, pues el servicio de transporte público había sido suspendido "por motivos de fuerza mayor", así que me vi obligado a hacer todo el trayecto, desde el Parioli hasta San Pedro, a pie. Por algo estamos en la "Ciudad Eterna", ¿no? Por cierto, hace un rato me quejé en la sección de servicio al cliente de la página web de ATAC[1] y la respuesta me indignó: "Tramitaremos su solicitud, mientras tanto recuerde que los pastores llegaron a Belén a patita". ¡Ja!, éstos son astutos como serpientes…

La explanada de San Pedro estaba radiante de paz. El sol de invierno parecía una bombilla LED: poco calor, buena luz. Los apóstoles de la fachada habían cobrado vida y los santos de la columnata me saludaron como amigos desde su atalaya. Incluso san Pablo, habitualmente serio y aguerrido en su puesto de guardia (vaya barbas de héroe marino que se gasta), en ese momento sostenía su espada como si fuera una sombrilla, y leía el pergamino como si se tratara de *La Gazzetta dello Sport*.

Me acerqué a la zona del obelisco, en el centro de la Plaza, para contemplar el Belén. Tiene figuras de tamaño natural, de madera policromadas. No había moros en la costa, así que me arrodillé frente al Niño (desplegué antes en el suelo un pañuelo desechable para no ensuciar el pantalón), aclaré la garganta, recordé mi angustia y recé en voz alta:

—*Caro Gesù Bambino*, me has dado mucho en la vida, es verdad, pero me falta algo esencial. —Bajé la voz y concreté— ¿Podrías, por favor… presentarme a alguien?

---

[1] ATAC es la empresa de transporte público de Roma.

Dejé un silencio para que el Niño sopesara mi clamor.

Me sentí raro: el dios del frío sopló desde su nevera celeste y el Niño estaba ahí, tan desprovisto… Se levantaron dentro de mí algunas olas de compasión por su cuerpecito desvalido; sintonizábamos entre el clima, el Pequeño y yo; cerré los ojos e imaginé que pasaría algo, quizá que la tierra temblaría y los adoquines se elevarían a diversas alturas, quedando suspendidos en el aire; o que se formaría una nube escalonada en el cielo, por la cual descendería una doncella sonriente y con vestido de seda, preguntando por mi nombre para invitarme a tomar un café o algo. ¡Ay!, ¡qué bien estaría eso!

Nunca he tenido una novia, a pesar de que he tenido varios intentos… o, bueno, pensándolo mejor, sí que tuve una, hace años, cuando teníamos seis años. Pero ahora, Jesús, necesitaría otra oportunidad: sobre todo alguna joven despierta y con iniciativa, alguien con personalidad suficiente como para que no se aburra demasiado rápido conmigo. ¿Es muy difícil lo que pido? El tema es dónde encontrarla…, ¿dónde se reúnen las mujeres interesantes en estos tiempos?, ¡es como si se escondieran!

Entonces escuché unos pasos que se acercaban… Me levanté bruscamente. Noté que mi corazón latía más de prisa.

El modo en que tuve acceso a estos sucesos es inverosímil, acaso ficticio. Conocí a Matteo y Claudia por casualidad en el día de su matrimonio. Yo estaba de turismo y ellos de nerviosismo. Más adelante nos volvimos a encontrar en Roma y entonces se sucedieron los cafés, los paseos y la amistad.

Después de mucho pedirlo, en una tarde de diciembre me contaron la historia de su noviazgo. Fue tanto lo que nos reímos que me ofrecí a trasvasar esos recuerdos en un libro, sobre todo pensando en sus parientes y amigos chilenos. Así nació esta pequeña obra.

didaskalosliteratura

9 788419 431486